

Panamá, domingo 26 de mayo de 2007

Tema de portada

La Prensa - Revisto Mosaico

Al son del ministro

Una ley de turismo y un Atlapa remozado es lo que espera dejar Blades cuando salga del Ipat, para entonces concentrarse en el cine y en un nuevo álbum musical donde grabará seguidas 'Pedro Navaja' y 'Sorpresa'.

ROXANA MUÑOZ

mosaico@prensa.com

Desde que Rubén Blades es ministro no ha tocado su guitarra ni compuesto una sola canción. En sus nuevas oficinas del Instituto Panameño de Turismo, Ipat, en Obarrio, ha pedido que las puertas sean de vidrio para que todos puedan verse y se sepa que él está. Sobre un mueble cercano a su escritorio hay unas maracas con los colores de la bandera panameña.

El despacho luce adecuado para un ejecutivo de saco y corbata, pero allí se respira la informalidad que emana su dueño. Haber vivido en Nueva York, recibir un título de Harvard y tener en casa cuatro Grammy a los que sacudirles el polvo, no le han quitado ni un poquito esa manera de hablar que aprendió de joven en Calle 13 y Plaza Amador.

Son las 4:00 p.m. Con camisa y corbata, el saco a un lado, Blades conversa

relajado; está de buen humor. Pero no siempre es así, él dice que puede ser grosero e impaciente como cuando entabló contra el sello disquero de la Fania dos juicios para recuperar sus canciones. Ahora tampoco le hace gracia que le reclamen que la hierba en Portobelo está alta, lo que aclara no es responsabilidad del Ipat.

Blades dio vida a Pedro Navaja y a Papá Egoró. El primero es una leyenda latinoamericana, el segundo, un proyecto que no logró cristalizar.

Ahora y hasta 2009, el abogado, cantante y actor es el ministro de Turismo empeñado en mejorar el Ipat; el que evita asistir a galas e inauguraciones nocturnas para que no le recriminen que acepta unas invitaciones y otras no; el que dice a sus colegas músicos "pónganse vivos, aprovechen, porque cuando vuelva lo haré con todo".

—¿Cómo ha hecho para que aquí en el Ipat lo vean como el jefe y no como el artista?

— Cuando yo llegué estoy seguro que Villa [relacionista público que está presente en la entrevista] pensó "qué hace este tipo aquí", "pa qué lo pusieron". Y creo que al principio yo tuve un problema explicando lo que pensaba.

La gente cambia su percepción de ti en la medida en que aplicas tus conocimientos. No soy muy protocolar, eso ayuda, no llego con ínfulas de que yo soy el señor ministro.

—¿Le traían discos a la oficina para que los firmara?

— Todavía me los traen. Yo bajo de mi casa en el Casco Viejo y a veces están los turistas allí, llamándome.

— Usted mencionó que uno de los primeros lugares que visitó como ministro de Turismo fue Kuna Yala. ¿Por qué?

— En julio de 2005 creamos una comisión entre el Congreso General Kuna y el Ipat, para discutir el cambio de la ley fundamental. En Kuna Yala no solo no hay seguridad jurídica para la inversión waga o no kuna, tampoco los kunas pueden invertir a menos que sean del mismo pueblo o estén casados con alguien de allí.

Les dije "cambien la ley fundamental e incluyan que está prohibida la inversión no kuna, excepto que sea aprobada por el Congreso General bajo condiciones, fechas y lugares específicos".

Estuvimos dos años en eso. Hicimos talleres comunitarios para explicar lo que planteábamos, pero se empezó a decir que íbamos a dejar entrar a todo el mundo y que Kuna Yala se iba a acabar. Los hoteleros de Kuna Yala se sintieron amenazados, cuando lo que se proponía era entrar con hoteles de lujo tipo Amman Resort, que no compiten con los locales. Ahora me preocupa lo que veo allí, ellos no tienen control, hay un problema de contaminación, no tienen cómo recoger la basura. No puedo garantizar la seguridad a un turista que va allí en un avión donde, antes de subirse, le preguntan al pasajero cuánto pesa.

— Los sitios turísticos aprovechan sus aeropuertos para vender el destino al viajero. ¿Están trabajando sobre eso?

— Ya tenemos un puesto del Ipat allí. Estamos dando menos énfasis a la folletería y preparando quioscos interactivos, la idea es que el turista llegue a Tocumen, Albrook Field, Bocas o David, y disponga de una pantalla donde apriete un botón y reciba información sobre hoteles, restaurantes, aerolíneas en diferentes lugares. Nos hemos demorado porque quienes nos dan el servicio quieren tener allí un teléfono para que las personas llamen directamente; ocurre que a veces en los aeropuertos ya se discutió la cuestión de los teléfonos, ahora hay que hablar con el concesionario. En el interior vamos a poner estas pantallas al lado de cajeros automáticos, sitios que estén cuidados.

— En Panamá siempre se ha dicho que hacer turismo interno es caro. ¿Qué están haciendo sobre eso?

— Estamos trabajando con el Banco Nacional con una tarjeta Visa que estimule el turismo interno, va dirigida a la tercera edad con descuentos para los que compran un producto relacionado con el turismo.

Pero el sector privado se tiene que incorporar. Aquí no deberíamos tener temporada baja en los hoteles, pero los hoteles no hacen



los paquetes. Para los carnavales filmé las sillas vacías cuando hicimos la convocatoria para hacer paquetes de Carnaval. Nosotros estamos con el proyecto de hostel rural, donde algunas familias del interior tengan una habitación para alojar a turistas, un sitio sencillo pero bonito, con baño y todo. Yo traje fotos de Copán (Honduras) que muestran ejemplos. El diseño de las habitaciones se los proporcionaría el Ipat. Ahora estamos con lo del financiamiento a través del Banco Interamericano de Desarrollo, porque la clase popular no tiene acceso al crédito. Este plan piloto lo haríamos en Veraguas, Coclé, Chiriquí y vamos a incluir a Colón.

El turismo interno es vital por lo económico y porque te permite conocer a tu país, sentir orgullo por lo que tienes.

— ¿Cómo hace para mantener el entusiasmo a pesar de la burocracia?

— Me entusiasma el momento que proporciona la oportunidad. Estamos en un momento especial. Salimos de Atlapa, nos demoramos dos años, pero salimos. Lo de las leyes que estamos creando, la Autoridad de Turismo y Ley de Turismo, esas cosas demoran, pero sé que allí tenemos una oportunidad. Yo no me siento solo, toda esta gente de aquí me apoya.

— ¿Hay la visión de que usted está más por fuera que aquí en Panamá?

— Por eso yo quería que se acabaran las paredes aquí [en su oficina], creo que es importante que si eres el líder la gente te vea. Yo no sé de dónde salió eso de que yo me la pasaba viajando. A mí no me gusta ni irme de aquí... Eso sí, cuando voy a Kuna Yala, Bocas o Chiriquí, me gusta ir por carretera, quedarme en los sitios, así me llegué a ganar la confianza en Kuna Yala.

— Usted ha comentado anteriormente que en el Gobierno se recibe mucho plomo ¿Cuál es la crítica más injusta que ha recibido?

— Lo de la publicidad. Se nos decía que no estábamos haciendo nada. La publicidad estuvo detenida por 20 meses, no por cinco meses como dijeron algunos; lo que hicimos fue cambiar el proceso que permitía que eso ocurriese y tomó tiempo.

Hay otras cosas que la gente no entiende. El Ipat no está encargado de cortar la hierba de Portobelo. No es que la gente lo haga de maldad, es que no sabe. Pero me molesta que alguien que tenga la capacidad para analizar, critique solo por hacerlo.

Yo estoy acostumbrado a las críticas. ¡Qué no me han dicho en mi carrera! A unos no les gustó el disco o no les pareció la película. Aquí en el Ipat siento que cuando me pegan a mí le pegan a mi gente.

— Mucha gente se pregunta por qué Rubén Blades habla siempre así, como si estuviera en la calle con los amigos.

— Nunca he notado cómo hablo. A veces resbaló y de repente estoy en Calle 13 [donde se crió]. Yo me fui de Panamá a buscar oportunidad y en vez de asimilarme otra cultura, mi alma se panameñizó más, y eso nunca se me fue ni un poquito. Yo había pasado mucho tiempo en El Chorrillo, iba a los archivos de la Cárcel Modelo y me quedaba por allí dando vueltas y después estuve en Coiba viviendo allá, mi tesis es sobre Coiba. Cuando me fui me llevé todo eso.

Me han dicho que sueño como un maleante, no de los de ahora, sino estos maleantes de esquina que tenían cierta calidad. Y si estoy bravo, hablo más como maleante.

Tampoco me había dado cuenta de que camino rápido, hasta que un día me vi en televisión caminando que parecía un loco. Yo vengo de un barrio donde a 300 metros sabías quién venía en la noche más oscura por su manera de caminar. Viví en un tiempo en que en ese barrio tú podías llegar a La Puñalada a comerte tu sandwichito de 10 centavos sin problema; nunca tuve ningún problema, ni en El Chorrillo ni el Plaza.

— ¿Su proyección política terminará cuando salga del ministerio?

— Hay cosas que tengo que hacer, sobre todo en el cine. Cuando empecé en 1982 no había en Estados Unidos muchos latinos haciendo cine, nacidos en Latinoamérica, de los que sabemos qué es un toque de queda. No existían los argumentos para explicar cómo viven todos estos millones de latinos. Ahora lo hace un Edward J. Olmos, un Andy García. Para mí es importante presentar el punto de vista no solo de Panamá, sino de América Latina. Se puede hacer cuando tienes la preparación, para mí el más importante es mi diploma de la Universidad de Panamá, pero allá, cuando sacas tu diploma de Harvard, ellos te ponen atención, así seas el más bruto.

— Pero a nivel político, ¿no aceptaría una embajada, por ejemplo?

— Quiero estar donde pueda dejar una contribución. Aquí voy a dejar un Ipat moderno, un Atlapa remozado, Dios mediante [y toca madera] un turiscentro de San Carlos otra vez en condiciones; una Ley de Autoridad de Turismo con carrera administrativa que no ten' cambiando la cosa cada cinco años, y una Ley de Turismo que va a regular la actividad.

— Hace unos meses el sociólogo Raúl Leis mencionó que sus dos grandes frustraciones nacionales han sido las aspiraciones con el Partido Demócrata Cristino y con el Papa Egoró. ¿Comparte esa opinión sobre Papa Egoró?

— No fue un fracaso porque sentó un precedente que no se ha repetido. Te puedo decir tantas cosas positivas que salieron de allí. Antes de Papa Egoró ningún partido había publicado un programa de gobierno. Trabajamos casi sin inversión publicitaria.

El problema fue mi irresponsabilidad al no entender que tenía la obligación de dirigir al partido 24 horas al día, los 365 días del año. Con ingenuidad o egoísmo yo quería ocupar también mi tiempo en mis cosas. El partido se fregó por mí. Si yo dirijo el partido hubiéramos ido en otra dirección.

— ¿No cree que hay una generación frustrada que habría querido que hoy usted fuera el presidente?

— No necesariamente. Hay cosas que tienen que verse. Para sobrevivir aquí tienes que ser un animal político con conexiones en el Panamá económico, el social, el pobre, de izquierda, de derecha. Yo vengo de una pensión en el Casco Viejo, sin ningún tipo de conexión política, me fui, estuve mucho tiempo afuera, no estoy casado aquí adentro, no tengo las conexiones que por lo general son necesarias. Soy un outsider por todos lados.

— ¿Cuánta plata ha dejado de ganar en estos años como funcionario?

— Ufff... ni te sé decir. Aquí en Panamá tengo mis cosas, por ahora no necesito más, con eso me bandeo. Lo único es que por primera vez tuve que pedir un préstamo por el asunto de la liquidez. No me gustan las deudas. Vi lo que las deudas hicieron a mi familia, me gusta pagar mis cosas. No voy más allá de mi presupuesto. Cuando salga de aquí voy a volver con la música y me va a ir muy bien. A los otros les digo aprovechen ahora que no estoy, porque cuando vuelva les voy a cortar la cabeza.

— Entonces, ¿volverá a estar menos en Panamá?

— Tal vez no tanto. Yo quiero hacer un club aquí, pero en el interior. Un club nocturno, así el que quiere ver a Rubén Blades tiene

que venir a Panamá.

— Durante estos años, ¿ha compuesto algo?

— ¡Qué va!

— Pero se le tiene que haber ocurrido algo sobre el mundillo político

— No. En los tres años que casi llevo en esto no ha habido un día en que haya tocado la guitarra, tengo tanto que hacer. Antes, cuando lo hacía, estaba totalmente relax. Ahora en mi casa hay papeles, proyectos... No hay un día que no trabaje. La mayoría de los servidores públicos que conozco trabajan sin horario.

— ‘Pedro Navaja’ y ‘Patria’ son para muchos sus canciones más emblemáticas. ¿Comparte esa opinión?

— No necesariamente son las mejores. A mí me gusta mucho Amor y Control, Maestra Vida, Contrabando. Y muchas otras a las que la gente no le ha puesto atención.

— ¿Cómo salió ‘Sorpresa’, la continuación de Pedro Navaja?

— En el nuevo álbum que voy a hacer voy a grabar Pedro Navaja y Sorpresa seguidas para que la gente las entienda juntas. La Fania [el sello disquero] dio oportunidades, pero también explotó a los músicos sin necesidad; digo, si llega un momento en que tu estás bien, entonces trata bien a la fuente, respétala.

La música que creó Héctor Lavoe, Ismael Rivera y otros la tiene ahora un tipo que no canta, que no baila y que no tiene necesidades.

No sé si fue La Fania o quien la representaba, pero ellos le cedieron sin mi permiso Pedro Navaja a unos productores de una película en México. Yo hablé con el productor y le dije: usted tendrá el derecho de la canción, pero no el personaje y lo puedo demandar. El tipo me dijo: “qué desearía usted” y yo le dije “tanto” y me lo pagaron.

Luego fui a la Fania y les pregunté por qué habían dado los derechos por tan poco dinero. Me dijeron: “si tú consigues más dinero, quédatelo”. Lo conseguí y no les di nada. Y para enseñarle a esta gente, yo reviví a Pedro; en la segunda parte viene un borracho que se burla de él porque lo cree muerto, cuando le intenta robar Pedro lo ataca porque él siempre tiene dos puñales.

— ¿Pedro Navaja es usted?

— Solo en el sentido de que son observaciones. Uno se convierte en parte de lo que observa. Soy una combinación de todo lo que he visto. Esos tipos de los dientes de oro que operaban por El Marañón los vi yo, existía la banda de los Zapatillas Negras en la Calle 17. El asunto del gabán es de Nueva York, así como el sombrero de ala ancha y las sirenas. Cuando yo escribí esa canción la mujer siempre era la víctima en las canciones, yo quería hacer una canción donde la mujer tuviera la última palabra.

— ¿Cómo ha evolucionado su canto?

— Antes no podía cantar boleros. No tenía la experiencia emocional porque eso no es una cuestión pirotécnica de voz.

Hay que desarrollar un tono como lo hicieron un Vicentico Valdés o un Daniel Santos, quienes tenían un estilo, una actitud producto de una personalidad. Yo al principio imitaba a Cheo Feliciano, no había encontrado mi estilo, tuve que dar vueltas y vueltas hasta llegar a mi estilo. Antes era un cantante, ahora puedo interpretar, siento y entiendo lo que estoy haciendo. Incluso escribiendo soy mucho más preciso, voy al punto. Escribir es soledad... un interminable ejercicio de soledad.

— En anteriores conversaciones ha mencionado varias veces a Dios, a la Virgen, ¿es religioso?

— Creo en el espíritu. Voy a la iglesia pero no para hacer un pacto y ver si me dan una nube. La iglesia es dentro de mi estructura el centro espiritual. Estoy convencido de que si Dios no existiera habría que inventarlo, como han dicho otros. Es esa identificación con una posibilidad que va más allá de lo que ves, llámalo Dios, Alá, Jesús... Durante mucho tiempo, en Nueva York, me metía en una iglesia, sin saber que no era católica. Hasta que un día fui con una novia y me dijo: “¿por qué no vamos a St Patrick?”. Yo le dije “pero ésta es mejor, el coro es mejor”. Ella me dijo, “estos son episcopales”. Era un buen ambiente, yo feliz. Nunca me dijeron “no puedes entrar” y nunca oí una voz diciéndome “¡salte de allí!”.

— No ha tenido hijos ¿es eso un vacío?

— Mi esposa y yo perdimos un niño. Eso fue duro. Yo sé que la familia es una gran responsabilidad. Por eso no me casaba, me decía que después iba a tener hijos y ellos te cambian la vida. No quería eso hasta tener lo que quería alcanzar.

Me he leído muchos libros sobre genética y siempre se dice que la gente tiene hijos para dejar una semilla. Eso nunca me cruzó por la mente. Yo dejaré mi música, mis creaciones.

Escucho a mis amigos decir “no sabes lo que es tener hijos” y es posible que no esté completo sin eso. La otra cosa es que el tiempo se va corriendo, cuando vas a ver ya tienes 58, 59 años. Si tengo ese pelao ahora tal vez no lo veré graduarse como mi papá me vio a mí.

Por allí dicen que tengo hijos, no sé. Si es así ese hijo debe estar bien emberraco conmigo. Pa’ la bajada uno llega al punto de pensar “ojalá sea cierta esa vaina”.

Close